



 El libro de las  
parábolas **Per Olov  
Enquist**

Una historia de amor

*El libro de las parábolas* es una obra singular de uno de los grandes de la literatura mundial en la que narra la tórrida historia de amor entre un adolescente y una mujer madura, con tintes autobiográficos. Prometió no contarle nunca a nadie. Era solo un chiquillo, pero ahora, al acercarse a la orilla del río que ya ha llamado a tantos amigos, perseguido por las preguntas que se quedaron sin respuesta, Enquist entiende que la mujer a la que conoció en el verano de 1949 es el corazón de la novela que nunca se atrevió a escribir.

## Índice de contenido

Cubierta

El libro de las parábolas

1. La parábola del cuaderno reencontrado
2. La parábola de la aflicción de la prima segunda
3. La parábola de la tía corajuda
4. La parábola de la mujer en el suelo de pino sin nudos
5. La parábola del espacio más íntimo
6. La parábola del talento desperdiciado
7. La parábola de los cinco tulipanes
8. La parábola de la mujer de Correos
9. La parábola del segundo advenimiento de Jesucristo

Sobre el autor

Notas

## 1

## La parábola del cuaderno re encontrado

Según la Libreta de trabajo no la ha visto más que en tres ocasiones.

La primera vez es un domingo por la tarde en julio de 1949. Es entonces cuando emplea la misteriosa expresión «la mujer del suelo de pino sin nudos». La segunda vez es el 22 de agosto de 1958, en Södertälje. La tercera, noviembre de 1977.

Al parecer, había prometido no contar nunca nada, a nadie.

Pero ha pasado mucho tiempo. Así que ya da lo mismo.

Muchos años después se arrepiente de no haber pronunciado un discurso mejor en la Casa Parroquial tras el entierro de la Madre en 1992.

Debería haber sido un discurso más sencillo, no tan humorístico. Había *esquivado*, debería haber hablado de forma más directa, no haber *dado rodeos* cuando se trataba de recapitular. Luego, después de tan solo algunos años, empezó a albergar el deseo de redactar una versión revisada y corregida del discurso, quizá solo imprimirla en diez ejemplares, para hacerles partícipes del texto a los nietos, un texto muy sosegado, sin tembladera bíblica.

A los niños, sin embargo, no era fácil hablarles de cosas o ponérselas por escrito. A menudo se preguntaba qué era lo que había ido mal. Al fin y al cabo, tenía mucha expe-

riencia en la escritura. Aprendió ya de pequeño, después continuó.

Cuando escribía nunca tenía miedo, pero solamente cuando escribía.

Por eso se hacía un lío. Era como si todo ese montón de libros estuviera a sus pies, y de repente les propinara una patada, ¡como si él fuera *no culpable!* Como si él se *dividiera en dos*. Una parte era la parte escrita, a la que *daba nombre*; la otra, el hermano, el que murió siendo feto, al cabo de dos minutos, recién arrancado del voraz útero de la Madre. Este poseía la solución. Cuando fotografiaron el pequeño cuerpo ya rígido, no tenía, sin embargo, la boca abierta, como un pez en tierra, sino un aspecto dulce. Que podría haber ¡contagiado! al hermano que llegó dos años más tarde, ¡o sea, a él!, pudiendo habersele manifestado bien entrada la vejez. ¡Lo dulce se contagiaba! Y esa dulzura era lo que le había impedido escribir una novela de amor.

¡Uno se queda atónito!

Había buenos motivos para tener miedo, si uno pensaba así, y muchos lo hacían.

También se podían buscar los agujeros negros en el discurso funerario. O lo que se hallaba entre líneas, quizá aún había tiempo. Penetrar en *la grieta de la historia*. ¡Como si eso fuese más fácil! Y es que lo omitido era lo que más dolor causaba. Los agujeros y las grietas no resultaban evidentes, eran más bien como mensajes superpuestos, de modo que las palabras originales, al regresar a ellas, se cubrían poco a poco y adquirían un matiz gris, luego negro para, al final, volverse incomprensibles. Aquello se cubría a sí mismo.

Eso era lo que pasaba con lo sencillo. Era como una autoredención.

En septiembre viajó al pueblo.

Quería, por si acaso, visitar el islote de Granholmen, con los abetos milenarios, *¡al menos mil años!*, como su madre le aseguró en la década de los cuarenta, sentada en su piedra con la mirada fija en la superficie del agua, cuando el marido ya estaba muerto y solo quedaba el niño en quien buscar consuelo. Aunque era flaco y más bien larguirucho.

Los abetos eran enormes, el islote no tenía más que unos setenta metros de diámetro, la casa la construyó el padre primero como casa estival a tan solo diez metros de la Casa Verde. Luego murió, *¡precipitadamente!*, y el abuelo y los hermanos la desmontaron entera y con el caballo la llevaron a Granholmen, sobre el hielo invernizo, para volver a montarla allí.

En aquellos tiempos se sabía cómo construir una casa.

Fue la familia la que intervino, ya que la muerte del Padre los había conmocionado de un modo casi incomprensible. Había muchas esperanzas puestas en el Elof. Había sido, hasta cierto punto, una persona especial, pero no *rara*, en absoluto, y la familia había querido hacerle una especie de regalo a su viuda. Ella había entrado en la familia por matrimonio, y por tanto en sentido estricto no podía considerarse parte de ella, pero el niño sí, o sea, en el sentido más estricto. El abuelo, P. W., además, le construyó una barca. Se maniobraba con dificultad, cierto, pero era muy estable para que al niño no le pasara nada.

No cobró ni un céntimo. Quizá quería mostrar que se mantenían unidos.

Cincuenta años más tarde —después de que empezaran a *publicarle*, y en lo publicado en cierta medida él describía escenas con la Madre allí sentada en el islote—, el pueblo rebautizó Granholmen como Mayaholmen. En homenaje, se supone, a que era *en ese lugar* donde pasaba los veranos, sola con el niño. Tampoco había ninguna otra casa en el islote, de modo que el nombre resultaba bastante acertado.

En septiembre de 2007, por asombroso que pueda parecer, la barca del abuelo seguía ahí. La habían recubierto de plástico, y ahora era blanca. A través del plástico se podían ver los pernos, que quizá se llamaban «clínkers», pero no, no debía de ser el término correcto. El abuelo P. W. era el herrero del pueblo, aunque también construía barcas, y sin duda habría sabido si se llamaban así o no. La popa se había cuadrado para dejarle sitio a un motor fueraborda. Eso era un poco especial, pero en el fondo no cabía duda de que se trataba de la barca de P. W. Cobertura de plástico, pero cuerpo construido en 1935.

Era como una parábola bíblica, si es que uno quería verlo así, algo que muchos hacían.

Gunnar Hedman lo llevó hasta allí. Atracaron en la parte norte, y enseguida vio que el islote se hallaba en malas condiciones. Los gigantescos abetos, donde jugaba de niño —o sea, mucho tiempo antes de envejecer y verse rodeado de amigos moribundos, esos que con murmullos desconfiados sospechaban que había regresado al pueblo ¡para desenterrar *la verdad sobre la primera mujer!*, ¡a fin de enterrarla de una vez por todas!, ¡esos amigos moribundos que ahora se agrupaban a su alrededor cual pinos en un pinar!— y por cuyas ramas trepaba hasta la punta para otear buques enemigos.

Todos esos abetos, ahora, otoño de 2007, habían sido talados.

Tres cobertizos habían aparecido, así como dos nuevas casas veraniegas que apenas aguantaban en pie. Un gallinero con una valla oxidada indicaba la existencia de vida humana. Cinco gallinas correteaban dentro con pasos diminutos. Su casa se le antojaba *similar* a la de hacía setenta años, pero se la veía gravemente deteriorada, y daba la impresión de que se usaba para almacenar escombros o chatarra; intentó mirar por la ventana, pero *no le produjo más que dolor*.

El islote había sido violado. La piedra a orillas del agua, donde la Madre solía sentarse, presentaba, no obstante, el mismo aspecto de siempre.

Se sobrepuso y dio una vuelta alrededor del islote, como en su infancia, consciente de que esto no podía revisarse ni corregirse; era lo que era, y había cambiado, todo se había ensuciado.

¿Por qué había vuelto? Esto no era meterse en el Río de la Flecha, como había leído de niño en *Kim*, de Kipling. La iluminación la tenía que buscar por su cuenta y en otros lugares, si aún había tiempo. La piedra grande, a unos cinco metros del borde del islote, no obstante, seguía en su sitio, intacta.

Había estado muy bella sentada en esa piedra.

Huye, olfateando de un modo irritante: como un perro que se cruza con su propio rastro y se asusta.

¿Resulta necesario anotar esto? No teme a la muerte. Pero el camino hasta allí le aterroriza cada vez más.

*Abandonado* era una palabra que tanteaba, pensaba que podría crear vías que le permitirían entrar en el proyecto, ya que ahora el tiempo apremiaba, *apremiar* era otra palabra, no sabía cuántos años le quedaban. Podía ver la respuesta en los ojos moribundos de sus amigos, era como si, antes de la muerte, los ojos se volvieran acuosos, y los que dentro de poco iban a morir, quizá *mucho tiempo después que él*, lo contemplasen con miradas suplicantes, como si le imploraran algo. Le hacían pensar en el chico Siklund, que le fue a ver en 1974, antes de volverse orate y morir. Recordaba sus ojos, reveladores y dementes; pero después Siklund se redimió, y el gato resucitó, y ese Siklund, modelando su muerte en una parábola bíblica, casi logró redimirlo de nuevo y reconducirlo a esa fe que había perdido estudiando.

¡El gato!

De repente se detuvo. ¿No había un pequeño delito con el que pudiera ralentizar el tiempo? ¡De la infancia! Podía redactarse a sí mismo unas breves cartas reflexivas, o quizá más bien introspectivas. Los papeles que el Padre dejó parecían hablar de la muerte, del amor y quizá de la vida eterna. «¿No es, pues, esa vida eterna, entonces, tan enigmática como la presente?» Debía de ser una cita, copiada. No creía que su padre se expresara así. Por su parte, no recordaba nada. En el discurso de la Casa Parroquial tenía que haber recuerdos. Podía empezar con algo que hubiera ocultado, pero que fuese inofensivo. Como ese *pequeño y cómico delito* que debía de haber sucedido durante la guerra, el verano de 1940, en julio, cuando puso el gato en una balsa hecha con unos troncos y lo dejó en el lago a la deriva, camino de una muerte sin duda terrible.

¡O la muerte y resurrección de su amigo Håkan en el lago Bursjön!

¡Sobreponte! Susurra una y otra vez. ¡No seas ridículo! ¡Las cosas, de una en una! Estaban los pequeños pecados que vendría bien tenerlos a mano por si se ponía nervioso. El gato, por ejemplo. Eso podía conservarse. Luego estaba aquello que había sido descartado, palabras sobre la muerte, y ahí el tiempo apremiaba, todos los amigos se tambaleaban y gemían a la orilla del río. Recordándole que no servía para escribir esa novela de amor.

¡Ánimo! Recordó el encuentro en una biblioteca de Södertälje. Durante la charla que siguió a su presentación, una mujer se levantó, se trataba de un pasaje erótico de esa novela histórica de la que él acababa de leer unos extractos, y que ocultaba tan bien sus propias experiencias que nadie había logrado desenmascararlo; recurrir a las novelas históricas era lo mejor si uno se ponía nervioso y quería disimular algo. Mientras leía ese pasaje, reconoció la mujer con naturalidad, le había entrado de repente *un calor tal* en todo el cuerpo, y en el bajo vientre, que nunca antes había experimentado al leer un libro. ¡Y quería darle las gracias!

Quizá utilizara incluso la expresión *calor en mis partes*. Un susurro atravesó la sala cuando la señora, tras su intervención, se sentó penosamente, chirriándole casi los huesos. Y a él le pareció muy bonito lo que había dicho. Pero, sobre todo: ¡no se le escapó a nadie que se trataba de una mujer muy mayor! ¡Noventa años, quizá! ¡O más! ¡Y admitió que aún sentía deseo!

¡Pero se había atrevido! —A él de repente se le llenaron los ojos de lágrimas—, se había atrevido a levantarse delante de todos y hablar del deseo. Y él había creído reconocerla, aunque puede que no.

De todos modos, la cosa no terminó ahí. Después, la mujer se acercó, trabajosamente ya que andaba a trompicones, y él preguntó si no habían coincidido ya en otra ocasión. *¿No fue en la granja de los Larsson?* ¡No!, respondió ella con brusquedad, como aterrorizada, se dio la vuelta enseguida y se dirigió hacia la salida arrastrando los pies.

Pero *¿incorporar esa anécdota al discurso de la Casa Parroquial?* ¡Imposible!

*¿Eso era lo que significaba atar todos los cabos y hacer balance?* Unas pequeñas ridiculeces solamente, y luego de súbito, *¡como un mazazo! ¡La puerta abierta! ¡Las puertas!*

Y alguien gritó: *¡Esto era la vida!*

Estuvo *trabajando* (¡sic!, ¡sus propias palabras!, ¡hipocresía!) hasta bastante tarde la noche del 27 de febrero de 2011 y luego durmió mal; se despertó a eso de las cuatro de la madrugada, decidido, ciertamente, a concluir el proyecto, pero sin llevarlo nunca *más allá de sí mismo*.

¡Qué alivio! ¡Solo para los nietos!

Inmóviles entre los árboles, los amigos, el rebaño moribundo. Lo vigilaban. Eran siete los árboles que se agrupaban fuera de la ventana, igual que un rebaño de vacas, se parecían a sí mismos, como el día, y el año, anterior. Había intentado describirlos, para de esa manera recuperar su ac-

tividad figurativa, pero los árboles seguían iguales un día sí y otro también. Al final empezó a sospechar que sería así hasta que los siete árboles murieran. ¡A eso de *las cuatro* — anotó en la Libreta de trabajo— *los siete pinos aún viven!* El perro alzó la cabeza y lo contempló con tristeza o impaciencia. Luego la cabeza del perro cayó, al parecer, en un sueño profundo.

¿Qué sueños tenían los perros? ¿Y realmente podrían llevarse los perros al cielo en el segundo advenimiento de Jesucristo?

Siempre se había preguntado si la vida eterna también existía para los canes, y si podría llevarse a este más allá de la frontera. La muerte la imaginaba como una existencia con el perro a su lado, cerca, también después de haber alcanzado la otra orilla del río.

Sería el último proyecto.

Pensaba mucho en la muerte, pero se consolaba con que eso seguramente se debía a que todos sus amigos parecían a punto de morir. O ya habían terminado sus vidas, pero dejando descuidadamente que los cuerpos se quedaran, a orillas del río, como si aún quedaran cosas por hacer, como si no se hubieran atado todos los cabos, ni se hubiera hecho balance.

El proyecto, que ahora se veía obligado a concluir, era una *versión revisada* del discurso a la Madre tras su muerte, que en esta corregida y actualizada versión (¡ahora voy, enseguida!, ¡espérame!, ¡me llevo al perro!) describía la estructura inherente a esa indecisión de dar el paso, pero sin la jovial claridad y determinación del discurso anterior. ¿Acaso no tenía derecho a ser menos claro? ¿Esto quizá podía convertirse en la octava sinfonía de Sibelius!, ¡la que el viejo finés!, ¡ese borracho! ¡al que tanto admiraba!, ¡nunca había logrado terminar!

Pero no, la octava de Sibelius esta vez no, sino solo la suya, invisible e inaudible para los demás.

Lo problemático con la suspendida muerte de los amigos parecía ser que algunos de ellos primero *habían claudicado ante la muerte con determinación*, para luego vacilar y acabar deteniéndose a media zancada, como tras un grave derrame cerebral: como si esa muerte decidida y valerosa hubiera sido, justo en sus casos, algo precipitado.

Los amigos, en más de un caso, resultaban difíciles de interpretar. En sus ojos, había un brillo opaco y vidrioso cuando, durante sus visitas de martes y viernes, intentaba entender sus balbuceantes súplicas. Los ojos les brillaban acuosos, e imploraban: ¡recapitula! Durante los últimos meses ya se habían convertido en siete, todo un rebaño, y pronto se sumarían sin duda otros tres más, una suerte de bosquecillo de pinos que esperaba ser talado, bueno, pues, en fin... Él se mostraba sonriente y optimista para ocultar su impotencia y el terror que sentía al despedirse, temporalmente, de ellos.

¡Pero cómo lo miraban! Como si quisieran preguntarle algo. Sobre la muerte, sin duda. O sobre la vida, en breve agotada. Como si él fuera un experto, o en cualquier caso un asesor. ¡Qué descaró!

Antes habían escuchado sus consejos. ¿Por qué ahora no? Pero es que no podía recomendarles dar el último paso. No podía decir *¡dad el paso!*, *¡dadlo!* ¡Si no, lo daré yo!

Eso sería inhumano, quizá incluso una insensatez.

La noche anterior, había estado reelaborando su tratado sobre el amor entre el rey danés Cristián IV y Kirsten.

Había calado hondo en él. La curiosa historia de amor de Cristián por una mujer que afirmaba odiarlo, ¡y por eso! —¡Era este *por eso* que él era demasiado inocente para comprender!— ella lo condujo, ¡con la ayuda del hierro candente, como Lisbeth!, hasta la aniquilación.

No obstante, algo, con gestos medidos y sonrisas tranquilas, y con conocimientos que le resultaban del todo inú-

tiles, algo tenía que hacer.

Sabía que el texto, al que llamaba *la partitura* (¡como en la octava sinfonía!), bajo la ilusoria apariencia de corrección, debía incluir *un consejo para sus amigos moribundos*, una especie de respuesta a la súplica ingenua, casi agresiva, de sus acuosos y desconcertados ojos. Que al relatar la terrible vida del rey danés sería capaz de contestar a su pregunta: simplemente, *qué sentido tenía todo*.

Para que nada quedara en suspenso.

El amor, le decían, con sus frágiles y apenas audibles voces, nunca vamos a poder explicarlo. Pero ¿quieres intentarlo tú? A una la había amado. Ahora ella quizá, pese a su torcida y a veces babeante sonrisa, quería una respuesta. Estaba sentada delante de él, encogida, pero muy bella todavía, y las desamparadas preguntas quedaban suspendidas, mudas, en el aire entre los dos.

¿Quieres intentarlo? ¿Quieres intentarlo? Si no, ¿qué sentido tiene todo lo que intentamos en su momento? ¿Lo has olvidado?

¡Qué pesadez! Él siempre asentía con la cabeza. Y no, no lo había olvidado.

Si no, ¿por qué escribía?, ¿qué sentido tendría? Con creciente desesperación, le invadía la certeza de que también los martes y viernes venideros, después de visitar a los amigos, a eso de las tres, esa hora de parloteo desmoralizante durante la que se obligaba a permanecer a su lado, no se atrevería a comenzar la versión corregida, la que lo aclararía todo.

Había escrito una primera frase de la novela histórica que aclararía la relación entre la muerte y el deseo. Rezaba así: *Un poco más tarde, quizá a eso de las tres de la tarde, se llevó a cubierta al espía sueco desenmascarado y se le preparó para el ahorcamiento*. Debajo había anotado con lápiz: *Las novelas históricas a menudo impiden muchas oportunidades de amor verdadero*. El resto del folio en blanco.

Más no había. ¡Uno se queda perplejo! De repente todo se vino abajo: recibió el cuaderno quemado en febrero de 2011.

Al principio no se dio cuenta de que se trataba de una carta blanca. Era el mismo cuaderno sobre el que ya había escrito en una ocasión.

Se trataba del cuaderno en el que su padre, muerto desde hacía setenta y seis años, había anotado sus canciones de amor a la Madre. Cuando él murió, ella quemó el cuaderno. Así quedaron aclarados los hechos. Aclarados por la Madre. Y, por tanto, eran irrefutables. Ella no había querido que su marido escribiera poesía, puesto que constituía un pecado, y los versos amorosos pringaban como el sirope, y también podían pringar el recuerdo del Padre que subió al cielo, ¿no?

¿O era solo *la suciedad de la vida* lo que la aterrorizaba?

Al fin y al cabo, el amor también podía considerarse parte de la suciedad de la vida. Uno se congelaba, quizá, y si se miraba la capa de hielo que cubría el rostro, quedaba evidenciado con una amenazadora claridad que *eso era el amor*. Y al igual que la congelación, el amor debía contarse como pecado, y puesto que dolía tanto lo era, quizá incluso un pecado capital, no quedaba del todo claro, pero la explicación de la Madre *iba en esa línea* y era, en cualquier caso, irrefutable. Y así quedó aclarado que ella había quemado el cuaderno con los poemas del Padre, eliminando de este modo la única pista que él tenía para rastrear la historia de la poesía, que también era la suya propia, la de por qué llegó a ser quien era, y que seguramente contenía la clave de por qué casi murió allí en Islandia.

Lo único seguro era *que se había quemado*.

El cuaderno —quemado, por tanto— era lo único que documentaba que ese leñador, de nombre Elof, también había sido un artista —o al menos raro de alguna manera— y quizá poseía algo indescriptible cuya mera mención po-

dría provocar la tembladera bíblica. Y que allí irrefutablemente se hallaba la explicación de que el niño, él mismo, había intentado matarse entregándose a la bebida, de tal forma que el propio Salvador tuvo que intervenir, ¡algo que el bebedor negaba!, y las pruebas se habían quemado, y así todo quedaba aclarado.

¿Por qué utilizaba tanto la palabra *aclarado*? ¿E *irrefutable*?

Luego, en febrero recibió el cuaderno quemado. Era, sin discusión, el auténtico. Imposible confusión alguna. El Padre había inscrito en él el nombre completo y la fecha, y también los poemas de amor, que en algunos casos rimaban, y pese a que el cuaderno, en parte, estaba dañado por el fuego, podían leerse los versos con facilidad. Resultaban perfectamente legibles ya que el fuego solo había dañado una cuarta parte de las páginas, en el borde inferior.

Donde el fuego había *lamido con sus codiciosas llamas* el papel estaba marrón, pero más arriba se veía impoluto, blanco. ¡Como la barca del abuelo!

O sea, el fuego había dañado el borde inferior del cuaderno. Pero no de modo que una parte importante de los poemas se hubiera perdido; muy pronto, algún día de febrero de 2011, también quedó aclarado que era *precisamente ese cuaderno del Padre* sobre el que había hablado en dos de sus libros. ¿O eran tres? En cualquier caso, con una frecuencia extenuante. Y en aquellos libros (¡eran tres!) había acusado a la Madre de haberlo quemado, y así también en cierta manera le había recriminado que le hubiera inculcado la angustia del pecado ante lo literariamente creado, ante lo que quizá fuera *fabulado*.

Esa sería la explicación.

La idea le obsesionaba cada vez más. Esa sería la explicación de la angustia paralizante que sentía ante la posibilidad de *dar el paso del todo, hasta el final*. De entregarse al mundo del cuaderno, como si fuese una revista pecaminosa